

## SERMON MORAL

### SOBRE LA MUERTE.

*Moriatur anima mea morte justorum.*  
(NUMEROS, cap. v.)

*Mors peccatorum pessima.*  
(PSALM. v.)

¿Quién no dice estas palabras? El Rey, sentado sobre las gradas de su trono, echa una ojeada á sus vastos dominios, se gloria en la multitud de sus riquezas y vasallos, y despues de haber considerado su gloria y su grandeza, una idea triste viene á su espíritu y acibára todo su placer; todo ha de acabar, las riquezas y la pompa del trono, los honores y las vanidades; la muerte confundirá la púrpura con las cenizas del pobre. «¡Ah! ¡Si me fuese dado morir con la muerte de los justos!» dice en su dolor. El general, en el dia de su triunfo, cuando se halla rodeado de un ejército victorioso, cuando el pueblo le aclama por su protector, cuando es paseado en triunfo, coronado de laureles y arrastrando tras de sí el carro de sus trofeos, mira á un porvenir incierto, pero que ha de llegar irremisiblemente, porvenir fatal en que sus glorias empezarán á palidecerse y la tierra cubrirá las condecoraciones que adornaban ántes su pecho, y arrancando un suspiro del fondo de su corazon, «¡ah! dice: ¿es posible que todo

este aparato bélico se disipe como el viento? ¿Es posible que á esta ovacion pueda seguirse la humillacion; que, acabado este dia de gloria, pueda venir el momento de quedar nivelado con los hombres desconocidos y que nada han hecho por la humanidad? ¿Es posible que la muerte ha de cortar el hilo á mis dias sembrados de glorias? ¡Oh! ¡Si entónces tuviese al ménos el consuelo de morir con la muerte de los justos!» Esta idea persigue al rico, que se ve colmado de los tesoros que él mismo ha amontonado, sin saber para quién han de ser; este pensamiento corta todos los gustos y placeres del pecador que se halla atollado en sus desórdenes, y hasta el mismo impío, agitado con mil dudas sobre la eternidad, acongojado con la incertidumbre de lo que pasa más allá de la tumba, cierto de que su vida ha de acabar, incierto de la hora, del momento y del dia en que ha de llegar, en medio de la aversion que profesa al justo, un rayo de luz penetra su corazon, un temor le hace estremecerse, y á pesar suyo deja escapar esta voz: «¡Ah! ¡Si pudiese yo morir con la muerte de los justos!» *Moriatur anima mea morte justorum.* (Núm., cap. v.)

Necesario es, pues, morir, amados míos, y apenas el hombre empieza á respirar el aire comun, ya sale, como dice San Cipriano, con la soga al cuello para ser conducido al suplicio. Llegada la hora fatal, todos, sin distincion, caen al filo de la guadaña; el Rey en su trono, el pobre en su choza, el grande en su palacio, el noble, el plebeyo, el niño y el anciano; llegado el momento, no hay distincion de sangre ni de nobleza, de ciencia ni de ignorancia; sólo dos extremos acompañan la suerte del hombre: morir como justo, ó morir como pecador. Cesarán los honores, se acabarán las riquezas, concluirá cuanto ha acompañado al hombre hasta aquel momento; los amigos con sus lisonjas, el mundo con su aparato, la carne con sus atractivos, la vanidad, la ostentacion, los

gustos, las alegrías, todo será destruido, sin que quede al hombre otra eleccion que el morir como el justo ó como el pecador. Pero ¿qué digo? ¿Quedaré al hombre la opcion de escoger? ¿Se le dirá al hombre, al estar junto á la hoya: «Hé aquí el bien ó el mal, echa mano del que quieras,» como se le dijo cuando empezó á dar el primer paso para el sepulcro? ¿No será la muerte una consecuencia necesaria é irremediable de su vida? Así es, amados míos; tenga el hombre los deseos más santos, su muerte será conforme á su vida, sin que en aquella hora le quede tiempo para escoger. Ó es necesario vivir como los justos, y la muerte será preciosa en los ojos de Dios, ó, si se vive como los pecadores, la muerte será espantosa y pésima: *Mors peccatorum pessima.*

Os he manifestado ya el objeto de esta oracion; la muerte del pecador. Postrado en el lecho del dolor se halla ese hombre que ha despreciado á su Dios por espacio de muchos años, que Él le ha esperado con misericordia y sufrido con paciencia. Al acercarse la luz de la eternidad; al presentársele como en un espejo los desórdenes de su vida pasada; al considerar cuán breve ha sido su vida y cuán fácil le hubiera sido salvarse; al verse atacado por el demónio, rodeado por todas partes de sus amenazas y de sus tentaciones; al considerar, al tocar con la mano el horroroso abismo donde va á ser precipitado por toda la eternidad, ¿cuál será su muerte? Llena de remordimientos y desesperacion cruel, espantosa y horrible. Ésta será otra muerte, pecadores, y para que la temais y procureis evitarla convirtiéndoos á Dios ántes que llegue este momento fatal, os la voy á poner delante de vuestros ojos, para que os veais de antemano en el espejo de horror que algun dia os ha de atormentar. En una palabra: la muerte del pecador es cruel por los remordimientos de la conciencia, primera parte: es fatal por los ataques del demonio, segunda: es espantosa por

el temor de la eternidad desdichada que la sigue, tercera.

Pidamos la gracia á María nuestra Madre para que ahora ilumine mi entendimiento, y con su intercesion se convierta el pecador, y al fin de nuestra vida muestre que es Madre de los pecadores.

Para esto la saludamos con el ángel.

AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

Antes de manifestaros lo que pasa en los últimos momentos del pecador, es necesario daros una reseña de su enfermedad. Ved á ese hombre mundano, cuya vida ha sido un tejido de maldades: al entrar en el mundo juró que renunciaba á Satanás y sus pompas; infiel á los votos que hizo á su Dios, apenas se ha acordado de Él una vez; si acaso se postró á los piés de sus ministros, fué cuando en los dias de su inocencia recibió en su pecho al Redentor, ó cuando dió su mano á su consorte ante las aras del Señor; desde entónces, jamás se dignó acusarse como pecador; pero llegó la hora en que van á ser pesados sus crímenes; el último dia de salud lo ha pasado como los demás, ocupado exclusivamente en asuntos terrenos; al volver de sus recreaciones mundanas se encuentra agitado y desasosegado; luégo se pone su casa en conmocion. «No es nada,» le dice un falso amigo que ha venido á suministrarle los remedios; sin embargo, la indisposicion se agrava, la fiebre se aumenta, el peligro se declara; pónense en juego todos los elementos medicales; no se perdonan á las bebidas más amargas ni á las más crueles incisiones; pero todo es inútil, ya no hay remedio. ¡Oh qué dolor! Luégo se ve rodeado el lecho de

una esposa bañada en lágrimas por la pérdida instantánea que va á sufrir; los hijos y los parientes invaden por todas partes el aposento de la muerte; se aconseja al enfermo que disponga los asuntos domésticos, y entónces empiezan á asaltarle mil pensamientos congojosos. «¡Qué! dice el pobre pecador postrado en su lecho: ¿es posible? ¿Se llegó el momento de morir? ¿Ya no hay esperanza de remedio alguno?—Nada de eso,» se le responde. ¡Oh mundo cruel! ¡Cuántas almas perecen por estos miramientos que se guardan con los enfermos! Se tiene mucho cuidado con no impresionar al pobre moribundo, aconsejándole que disponga su alma para el último trance, y nada se omite para persuadirle el arreglo de sus bienes terrenos. Pero, en fin, no falta un amigo que se atreva á decirle que es mortal, y que más allá de la hoya se encuentra otra region donde son pesados todos los momentos de esta vida caduca; á sus instancias el ministro de paz se llega á la cabecera del hombre desahuciado. ¡Oh qué revolucion tan espantosa hay en aquella alma! Aquel hombre vestido de negro, aquel hombre tan aborrecido del pecador en la vida, aquel hombre que él miraba con desden, que apenas se dignaba saludar, ¿qué pretende del enfermo? ¿Viene á pedirle parte de sus bienes, como los hijos? ¿Viene á engañarle con esperanzas infundadas de mejoría? ¡Oh, no, amados míos! En vez de quitarle viene á darle un bien que él no conoce; viene á darle la gracia y el perdon que necesita en aquella hora.

Pero ¿cómo se confesará el tal enfermo? De cien mil pecadores que han pasado toda su vida en crímenes, apenas se salva uno, dice San Jerónimo (*in ep. de Mort.*). La confesion de tal enfermo es enferma, dice San Agustín. Los respetos humanos, el honor de la familia, hé aquí los motivos que le inducen á confesarse; pero apenas se ha alejado el sacerdote, ¡qué congojas le rodean

por todas partes! Todos sus pecados le saldrán al encuentro, y le combatirán como las olas enfurecidas combaten al navío puesto en alta mar, y entónces se cumplirá lo que dice el Espíritu Santo: «Que el pecador morirá entre los horrores de la tempestad.» *Morietur in tempestate anima eorum.* (Job, cap. xxxvi, vers. 14.) Sí, amados míos, sí; entónces el padre de familias verá sus crímenes en haber dejado á sus hijos abandonados á sus pasiones y deseos corrompidos, en haberles dado una educación impía, en no haberles enseñado los deberes que tenían con Dios y con la sociedad; entónces verá sus pecados en el mal uso que hizo de los bienes que Dios le entregó para sustentar su familia y que él malgastó en juegos, en festines, en placeres, en abominaciones y en vanidades. Entónces verá cuántas veces faltó á la fidelidad del tálamo; cuántas veces maltrató á su esposa porque le reprendía sus desórdenes; cuántas veces la retrajo de recibir los Sacramentos, por sus amenazas y por sus dicterios impíos; cuántas veces escandalizó á su familia con sus blasfemias y juramentos; cuántas veces la redujo á pobreza, por retribuir con larga mano á las compañeras de su infidelidad: entónces verá esa madre desnaturalizada sus excesos y sus desacatos cometidos contra el pudor; aquel tiempo perdido en adornarse y componerse para agradar á los hombres; aquel tiempo empleado en lecturas profanas, en diversiones y en teatros, en intrigas y en infidelidades; entónces verá que ella fué la causa, por su mal ejemplo, del deshonor de sus hijas, que ella les abrió el abismo de la perdición, cubriendo sus extravíos para que no se notasen los suyos; entónces verá ese hijo desobediente las lágrimas causadas á un padre que ha bajado al sepulcro muerto por la aflicción y el dolor; esa hija altanera que siguió los caprichos de un falso amante, á pesar de los remordimientos de su conciencia, á pesar de la vigilan-

cia de una madre, y á pesar de las amenazas del ministro de la Penitencia. Los sacrilegios cometidos en el uso de los Sacramentos, las irreverencias cometidas en los templos, las murmuraciones y las envidias, los ódios y las venganzas, todo vendrá sobre el corazón del pecador, y se amparará de él, como dice David: *Virum in justum mala capient in interitu.*

Al principio de la enfermedad no pensaba el pecador que el mal se agravaría; los amigos y los médicos no hablaban con claridad, por no contristar la familia; ésta se consolaba con la esperanza de la mejoría. Todo sonreía al enfermo con el rayo de esperanza que lucía á sus ojos; pero luégo que los síntomas empiezan á anunciar la proximidad de la muerte, todos los pecados con sus remordimientos, todos los crímenes con sus consecuencias, se ponen á su frente como un ejército formidable: *Et traducent illos ex adverso iniquitates ipsorum.* Sus mismos pecados, sin necesidad de otro testimonio, levantarán su voz contra él y le dirán que merece un castigo eterno: *Et traducent illos ex adverso iniquitates ipsorum.* Le vendrán á su espíritu los horrores de toda su vida criminal, querrá detestarlos, y no podrá: ¡desgraciado pecador! Conocerá entónces todo el mal que ha hecho, y no podrá arrepentirse de él; y, en efecto, amados oyentes, ¿cómo podrá el pecador decidirse á amar al enemigo que persiguió y aborreció toda su vida? ¿Cómo podrá detestar al objeto de sus amores criminales despues de haberse cebado en ellos largos años? ¡Oh! Yo lo veo triste y desesperado, como un Antíoco, clamando á un Dios cuya misericordia ha despreciado. Ahora me acuerdo de los males que hice: *Nunc reminiscor malorum quæ feci in Jerusalem.* Tantos dias, tantos años me dió la Providencia para que sirviese á Dios y me salvase, y yo lo he empleado en destruir en mí tu misericordia por mis abominaciones: *Nunc reminiscor malorum, etc.* ¿Podrá el

avaro apartar su vista de los montones de oro que recogió para idolatrarlos? ¿Podrá el escandaloso decidirse á resarcir los males que ha causado á la sociedad con su vida licenciosa? Morirán, pues, en la desesperacion, sin poder aborrecer sus vicios y despedazados por los más crueles remordimientos; morirán como los Antíocos y como Saul, de quien dice San Fulgencio «que no aborreció lo que había hecho, sino que temió lo que no quería que le sucediese.»

¡Qué difícil es que un pecador, endurecido por tantos años en el vicio, pueda convertirse al Señor y morir bien! Rebelde á los movimientos de la gracia y sordo á la voz de Dios, su corazón se halla más duro que el yunque apelmazado á fuerza de martillazos, como dice el *Eclesiástico* (III, 27): *Cor durum habebit in novissimo*. Ya no es tiempo de volverse á Dios, á quien se ha irritado por largos años, y en vez de mirar con piedad al pecador, lo mira con horror; se acabó el tiempo de misericordia, se acabaron los días que se le habían dado para santificarse, y llegó el día del Señor, y en él será abandonado el hombre miserable á la furiosa tempestad de sus pecados. Le cercarán, pues, por todas partes, y semejantes á perros rabiosos, se agarrarán de él y le dirán lo que afirma San Bernardo: *Opera tua sumus, non te deseremus*. Nosotros somos la obra de tus manos, y no te abandonaremos; hasta hoy te hemos halagado y tú has satisfecho tus deseos corrompidos; jamás nos apartaremos de tí; en el tribunal de Dios estaremos á tu lado, y en el infierno mismo iremos á ser compañeros de tu desgracia por toda la eternidad. ¡Oh qué momentos tan despedazadores para el corazón del pecador! Sus mismos crímenes son su juez y le atormentan; pero entre tanto, ¿qué pasa al lado del enfermo? El sacerdote, depositario de las misericordias del Señor, se llega por la última vez al lecho de horror; en vano levanta su voz para que el moribundo repi-

ta el dulce nombre de Jesús y María; ya no oye; en vano toma en sus manos el signo de nuestra redención y lo aplica á los labios casi yertos; ya no siente; en vano lo levanta hasta sus ojos, lascivos en otro tiempo, pero hundidos ya y cóncavos como un sepulcro; ya no ve; en vano aplica á todas partes la imagen de un Dios moribundo; todo es inútil; el pecador espiró entre los remordimientos de su conciencia. ¡Y qué sorpresa para el desdichado! ¡Qué abismo ve abierto á sus pies! ¡Qué juicio tan terrible! ¡Qué espanto encontrarse en el tribunal de Dios, sin haber habido otro espacio entre una vida criminal y un Juez inexorable, que los sueños y el letargo de una corta enfermedad! Oid esto, hombres que olvidais á Dios toda vuestra vida ántes que llegue la hora de caer en sus manos, sin que haya quien pueda sacaros. *Intelligite hoc qui obliviscimini Deum ne quando rapiat, et non sit qui eripiat*. (Psal. XLIX, vers. 22.)

Hé aquí, amados míos, la muerte diaria de los pecadores; un pecador con los remordimientos son los que le conducen á la última desesperación; pero ¡cuántos enemigos le rodean en aquella hora! ¡Con cuánto ahinco y furor se hallan los demonios para tomar posesión de su alma! Esto es lo que hace más espantosa la muerte del hombre criminal, y vamos á verlo en la

## SEGUNDA PARTE.

La vida del hombre no es sino un combate continuo, una tentación no interrumpida; no porque Dios lo haya criado para tentarle más allá de lo que puede soportar la humana fragilidad, como afirma el Apóstol Santiago, sino porque habiendo el mismo hombre decaído por su culpa de aquel estado de inocencia primitiva, su concupiscen-

cia es el tentador más fuerte, según el mismo Apóstol: *unusquisque tentatur a concupiscentia sua*. Pero no pára aquí la miseria humana; constituido uno mismo en enemigo de su propio sér, no sólo ha de resistir á la fuerza oculta, al fuego enterrado en su interior, que quiere sin cesar estallar y destruir cuanto puede contribuir á adquirir una felicidad eterna, sino que ha de estar además siempre vigilante, siempre alerta contra las sugerencias, las estrategias y los ataques declarados de un enemigo antiguo, envidioso del hombre, y cuyo objeto es apoderarse de él, destruirle y devorarlo. Este enemigo, amados míos, es el demonio; el cual, según San Pedro, rodea como un león rugiente, buscando siempre en quién pueda saciar su rabia infernal. ¡Oh y cuántos son los medios que emplea para hacer que el hombre caiga! Nada le importa destruir las obras de las manos de Dios, con tal que consiga que el justo Job se impacienta y maldiga á su Criador; al ver los prodigios de Jesucristo sospecha que aquel Sér es más que humano; no se atreve á creer que sea Hijo de Dios; tampoco puede persuadirse de que sea puro hombre; necesario es atacarle por su misma virtud. «¡Si eres Hijo de Dios, le dice, dí que estas piedras se vuelvan pan.» Él dispone de cuanto puede para derrocar al hombre, y obstinado en ello, ofrece generoso todas las riquezas del mundo, sus glorias y su vanidad, con tal que se le postren una vez y le adoren. Toda su ciencia, que es incalculable; todo su saber, que es sobrehumano, todo lo emplea en destruir el precio de la sangre de Jesucristo. Ya espanta con sus terrores al justo para que deje el camino del cielo; ya se trasforma en ángel de luz para engañar al incauto; ya abre caminos anchurosos al pecador, prodigándole los placeres y los medios de dar pábulo á sus pasiones. Y si tales son los medios de que el demonio se sirve para perder al hombre en el trascurso de su vida, ¿qué esfuerzos no hará para

ampararse de su alma en el momento perentorio de la muerte? ¡Cuál será su rabia y furor si ve que el justo se le escapa de entre sus uñas! ¡Qué terrores no infundirá en el pecador para que no se atreva á volver los ojos al Dios de misericordia! ¡Qué terrible, pues, será la muerte del pecador por los ataques del demonio!

No os hablaré, amados míos, del extremo que abraza el enemigo comun, tentando al hombre y representándole la misericordia infinita de Dios, para que, confiado en ella con demasía, no piense en arrepentirse; extremo en que caen un número infinito de cristianos que se entregan á los vicios con el pretexto de que Dios es muy piadoso; así es que pasan su vida en desórdenes, y llegada la hora de la muerte apenas pueden hacer un acto de contrición, quedando así hechos presa del infierno, por haber confiado en que Dios les daría un momento para herir su pecho, cuando este mismo Dios les había abandonado ya por el abuso que hicieran de su misericordia. Pero voy á manifestaros dos medios de que usa el poder diabólico para que el pecador caiga en sus manos sin remedio: le pondrá delante de sus ojos los títulos que tiene á su posesion eterna, y le representará la nulidad é insuficiencia de los méritos de Jesucristo para salvarle.

Durante la vida del pecador, el enemigo le había abandonado alguna vez, y la gracia centelleaba en su alma, encendiéndose en ella algunos deseos de volverse á su Dios de todo su corazón; en esta alternativa las pasiones y el mundo tuvieron más fuerza sobre un alma desarreglada; pero en la muerte el ataque será sin interrupción, pues, como dice San Juan en su *Apocalipsis* (xii, 12), el diablo baja á la tierra armado de toda su ira, porque le queda poco tiempo: *Descendit diabolus ad vos habens iram magnam, sciens quid modicum tempus habet*. Entonces, viendo la debilidad del alma sujeta por algunos momentos á un cuerpo desorganizado y dispuesto ya á di-